

## LA SOMBRA DEL MARQUÉS

En el campo de la literatura, el marqués de Sade fue quien elaboró «la primera sistematización de las perversiones» [el caso más representativo de tal sistematización de las perversiones en el marqués de Sade sería el libro-catálogo *Las 120 jornadas de Sodoma*]

Ahora bien, la figura de Donatien Alphonse François (1740-1814), mejor conocido como el Marqués de Sade –transformado incluso en «Divino Marqués» a partir de André Bretón y los surrealistas– proyecta una siniestra sombra. Dicha sombra es resultado de un torcido acontecimiento cuyos efectos, a grandes rasgos, ponen al descubierto la triste perversidad de su oscura locura.

No obstante, no nos dejemos intimidar tan fácilmente por esta sombra desplegada. En todo caso, tratemos de mirar con certera precisión a qué nos estamos refiriendo a partir de una imagen: cuando anteponemos una figura –así sea minúscula– a cierta fuente de luz, dicha figura adquiere una cierta dimensión de falso engrandecimiento a partir de su sombra. De hecho, mientras más cerca –más pegada– esté la diminuta figura de la fuente de luz, mayor será la falsedad de su engañoso incremento. En cambio, si a tal figura la vamos alejamos –la vamos separando– de su respectivo respaldo de proyección, su inicial e imponente despliegue de falsedad engrandecida va disminuyendo poco a poco hasta que por fin desaparece.

Pues bien, por raro que parezca, es esto justamente lo que sucede con el marqués de Sade. En efecto, su tenebrosa voluptuosidad depende por completo de ese anteponerse de espaldas a la fuente de luz. De hecho, sin esa fuente originaria de iluminación precedente –*Dios y la virtud*, en este caso– el siniestro Sade no tendría absolutamente nada qué decir. ¿O acaso no es verdad que toda sombra desaparece de inmediato al quitarle la luz que de hecho le respalda? A final de cuentas, lo que sucede con Sade es lo siguiente: él necesita de esa luz –repito, Dios y la virtud– para poder proyectar su siniestra sombra, es decir, la sombra engañosamente engrandecida de lo sádico que, hasta el momento presente, todavía se suele arrastrar con sigilo –con sutil refinamiento– para poder hundirnos a nosotros también en el siniestro cautiverio de su tétrico fundador.

En efecto, Sade conoce lo suficiente la luz como para acercarse a ella. De hecho, una y otra vez acude a la luz para después intentar degradarla hasta el extremo según el atractivo engañoso –sombrió– del vicio y la maldad. Esta es, en efecto, la táctica aburrida –repetida una y otra vez, una y otra vez hasta el cansancio– por el marqués de Sade en cada uno de sus libros. De hecho, la estrategia de Sade y, por ende, de todo sádico, consiste en exaltar primero la virtud para mancillarla después insanamente con saña y con todo lujo de detalle. Es justo en este segundo movimiento, en tanto efecto secundario, donde Sade da rienda suelta a su fantasía perturbada y perturbadora. Así, pues, todo el intento de Sade puesto por escrito se reduce a lo siguiente: una retorcida fidelidad a Dios y la virtud que ciertamente culmina en la exaltación del vicio en tanto tenebroso reino del más genuino placer.

De hecho, no es nada difícil exponer la táctica de torcedura que aquí hemos mencionado. En efecto, esta táctica es tan aburrida y monótona que el pobre Sade ni siquiera sabe recurrir a otra cosa. Bastaría, pues, con dar un solo ejemplo para dejar en claro el típico proceder de este marqués que, por aburrido que sea, usa en todas y cada una de sus respectivas obras al momento de dar rienda suelta a sus desenfrenos y perversas fantasías [Justine / Juliette].

Por eso toda la obra de Sade es *traición a la luz*, es decir, astuto movimiento de acercamiento para finalmente torcerse y darle la espalda a la fuente de luz. Aquí radica precisamente lo retorcido de Sade. En efecto, tal torcedura no consiste en traicionar la luz –esto cualquiera puede hacerlo–, sino en acudir a ella para darle la espalda y quedar por tanto como sumergido en lo propio, o sea, en aquella proyección sombría cuyo abismo despliega.

Por cierto, este hundimiento extraviado a costa de la luz es aquello que justamente corresponde a la perversión. De hecho, por eso la obra de Sade es perversa, es decir, no porque niegue la luz, sino porque a partir de dicha luz –que bien conoce– prefiere arrojarse de frente a las tinieblas proyectadas por él mismo con loco frenesí. Es como si alguien primero acudiera a la ingesta de abundante comida para hablarnos posteriormente de las supuestas bondades –y hasta exquisiteces– del vómito. Esto último, por supuesto, no es una mera exageración, ya que la obra de Sade es como un continuo comer e ir vomitar, comer más y vomitar de nuevo. Hasta que, llegado el momento, se tiene ya que acudir por total desvarío al propio vómito para quedar asfixiado. Así, pues, toda la perversidad de Sade se

limita a ello. De hecho, con esto se pone al descubierto lo siguiente: todo ejercicio de convencida perversión termina siempre en una triste y humillante degradación.

Así, pues, de no ser por tal amenaza de perversidad, ni siquiera valdría la pena detenerse en la torcedura asumida por el marqués de Sade. ¿O acaso vale la pena revolcarse morbosamente en ese amplio catálogo de suciedad tan lleno de hostilidades, desenfrenos, obscenidades, horrores e infamias cuyo extravío corresponde de hecho al envilecimiento más total? Por supuesto que no. En todo caso, aunque Sade presente dicho catálogo como ejemplo de un «increíble refinamiento del libertinaje»<sup>1</sup>, no debemos perder de vista que, en todo caso, se trata más bien de un turbio distractor. En efecto, con dicho señuelo se suele pasar por alto el aspecto esencial que aquí apenas hemos esbozado y que no podemos perder de vista.

---

<sup>1</sup> MARQUÉS DE SADE (2011), *Las 120 jornadas de Sodoma*, traducción de Joaquín Jordá, Barcelona: Tusquets, p. 13.